

LA MUJER DE NINGUNO

SERGIO FERRARA
LA MUJER DE NINGUNO



ESPASA © NARRATIVA

© Sergio Ferrara, 2017
© Espasa Libros S. L. U., 2017

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 20.636-2017
ISBN: 978-84-670-4832-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

A María, mi dulce amado centro.

1

Emilio Santillán encendió su teléfono móvil mientras salía del avión. Cada vez que viajaba fuera de España solía mantenerlo apagado, para evitar a los pelmazos que lo requerían con mil y una pejugueras. Así, al menos, podía disfrutar por unas horas, a veces por unos pocos días, de un espejismo de inaccesibilidad, en medio de las turbulencias de la vida cotidiana. Aquel viaje a Londres había sido, además, especialmente intenso y no le había dejado ni un instante de reposo en el hotel. Sus anfitriones, después de la charla, habían organizado una cena en su honor que se había alargado más de la cuenta, pensando que así halagaban a su invitado, al que imaginaban —como exige el tópico sobre los españoles— jaranero y trasnochador. Y tras la agotadora cena en la que había tenido que mostrarse expansivo y ocurrente en inglés (una lengua que creía dominar a la perfección hasta que le tocaba agudizar el ingenio), todavía sus anfitriones se empeñaron en llevarlo a un antro de moda que le pareció un burdel encubierto para pijos estresados. Aunque había rechazado las aproximaciones insistentes de media docena de señoritas que finalmente se habían repartido sus anfitriones, Emilio había terminado bebiendo más de la cuenta. Y había regresado muy tarde al hotel, donde apenas había descabezado un sueñecito de un par de horas, antes de tomar un taxi para el aeropuerto.

Al poco de introducir la clave de acceso, su móvil empezó a zumbear frenéticamente, como si le hubiese entrado

un ataque epiléptico. Emilio comprobó con perplejidad que tenía más de setenta llamadas perdidas, muchas de ellas de teléfonos que ni siquiera conocía. Algunas le habían dejado recado en el buzón de voz. Le bastó escuchar el primero para entender la razón de tanto trajín telefónico. Y, aunque llevaba meses preparándose mentalmente para el momento en que estallase el escándalo, su corazón se saltó un latido. Fue la misma sensación que se tiene cuando, en medio de un vuelo, el piloto del avión desciende bruscamente, rectificando la ruta. Entre el tumulto de números desconocidos, descubrió un par de llamadas del programa *Siempre juntos*, en el que llevaba colaborando más de cinco años. Aunque sabía que no podría hablar directamente con su presentadora, Ana Salazar (pues el programa ya habría empezado su emisión), supuso que algún subalterno suyo lo atendería. Emilio, por supuesto, no se sabía los nombres de los subalternos de la Salazar, que siempre le habían parecido una tropa de mastuerzos.

—¡Emilio, qué estupendo que llames! —lo saludó uno de aquellos mastuerzos, cuya voz le sonaba remotamente—. Ayer estuvimos como locos tratando de localizarte hasta bien tarde...

—Estaba en Londres, dando una conferencia, y había cerrado el teléfono —se excusó—. Pero, como ya os podéis imaginar, no tengo nada que ocultar.

El mastuerzo se puso zalamero. Aunque tal vez asomase un retintín irónico en sus palabras:

—Eso por descontado, Emilio. A nadie en este programa se le ocurriría dudar de tu integridad. Y mucho menos a Ana... Precisamente ahora mismo empieza la tertulia, que hoy dedicamos íntegramente al asunto de las tarjetas. ¿Por qué no te pillas un taxi y entras en directo? Así podrás dar tu versión, para que nuestro público no se haga ideas falsas.

No se le escapaba que al mastuerzo sólo lo movía (como a su jefa) el instinto carroñero. Pero tampoco se le escapaba que era una oportunidad única de rebatir las calumnias que seguramente ya se habrían lanzado contra él desde otras tribunas, aprovechando su ausencia. La Salazar, además, siempre le había mostrado una especial predilección y, aunque le sacaba más de quince años y otros tantos tuneos de quirófano, no se recataba de tirarle los tejos, cuando tenía la mañana animadilla.

—Pues voy para allá de inmediato —dijo Emilio, sin pensárselo dos veces—. Lo que tarde un taxi en llevarme desde el aeropuerto.

El traje no se le había arrugado demasiado durante el viaje, aunque no le hubiese venido mal un planchón. Pero mucha peor impresión causaría su rostro, en el que se notaban los estragos de la noche en vela y un cierto aire resacoso que los cañones de la barba agravaban (no había tenido tiempo para afeitarse en el hotel). Pensó, sin embargo, que una espesa capa de maquillaje podría tapanle la sombra de la barba, como también las ojeras. Emilio conocía a la perfección los automatismos gregarios del público televisivo, al que llevaba muchos años adulando (casi tantos como despreciando); y había comprobado que, una vez que los espectadores se han identificado contigo, importan mucho más la indumentaria y la retórica gestual que las palabras, que nadie escucha ni entiende. A él mismo le había ocurrido decir una cosa y la contraria en un programa, a veces con un intervalo de apenas media hora, y cosechar exactamente los mismos aplausos entre la audiencia. Además, tenía preparados desde hacía meses los argumentos que debería esgrimir cuando finalmente se destapasen las podredumbres de Hispabank. En cuanto se acomodó en el taxi, llamó a Soraya, pero se tropezó con su móvil cerrado. Y el teléfono de casa comunicaba una y otra vez, como si estuviese descolgado. Por un instante, lo asaltó una som-

bra de inquietud; pero concluyó que Soraya se estaría protegiendo del acoso mediático, o tal vez todavía durmiese.

Emilio cerró los ojos y se recostó levemente en el asiento del taxi, tratando de relajarse. Cuando los abrió, comprobó a través del espejo retrovisor que el taxista lo miraba con una fijeza llena de encono, tal vez de odio, con siglos de resentimiento en la sangre. Fue entonces cuando pensó, por vez primera, que tal vez las podredumbres de Hispabank hubiesen desatado las iras del populacho.

—¡Qué bueno que viniste, Emilio! —exclamó el mastuerzo con el que había hablado por teléfono apenas media hora antes, cuando el taxi llegó a los estudios—. Deja, deja, que yo pago. Corre a la puerta, que tienes una azafata esperándote para llevarte directo al plató.

—Pero antes tendré que pasar por maquillaje...

—No, no, déjate de pasar por ningún sitio —lo urgió el mastuerzo—. Te maquillan en plató, una vez que te hayan microfonado.

Emilio corrió hacia la azafata. En otra ocasión menos comprometedora hubiese dedicado una mirada apreciativa a su culo, muy coquetamente empaquetado en una minifalda, pero el mastuerzo había logrado contagiarle su premura. Ni siquiera esperaron a una pausa publicitaria para hacerlo entrar en el plató; y le instalaron el micrófono portátil (lo microfonaron, como había dicho el mastuerzo) en la solapa de la chaqueta, mientras lo empujaban hacia la mesa que presidía la Salazar. Aquella mañana parecía congestionada de bótox o de encono; un encono, por supuesto, impostado, pero Emilio se percató enseguida de que trataba de imitar el encono que había sorprendido en la mirada del taxista. La Salazar era una maestra consumada en técnicas de empatía fingida, una populista de tomo y lomo. El regidor del programa no lo condujo hasta la silla que se hallaba a la derecha de la presentadora (como era habitual cuando Emilio participaba como

tertuliano, en un signo de predilección), sino hasta otra silla más incómoda que habían dispuesto enfrente de la mesa. Una silla que le recordó a la del reo ante el tribunal.

—Y esta mañana contamos en primicia absoluta con la presencia de Emilio Santillán Infante, uno de los implicados en este sucio escándalo de las tarjetas *black* de Hispabank —anunció la Salazar en un tono áspero, sin dignarse mirarlo siquiera—. Buenos días, señor Santillán. Si es que se pueden llamar buenos a los días en que ha quedado usted retratado ante la opinión pública.

Por un instante, Emilio pensó que tal vez todo se tratase de una broma, una de esas inocentadas con cámara oculta que los programas de humor organizan, utilizando como víctimas a celebridades. La Salazar siempre lo tuteaba y se dirigía a él por su nombre de pila (cuando hablaban sin testigos lo llamaba, incluso, Milito, con ridículo diminutivo, y le ponía una mano trepadora en el muslo); y los otros tertulianos, aunque lo envidiaban en secreto, jamás se hubiesen atrevido a mirarlo ceñudos y despectivos, como si todos ellos estuvieran esperando el pistoletazo de salida para lanzarse a su yugular.

—Buenos días, Ana. Es siempre un placer enorme venir a tu pro...

—Ahórrese los cumplidos, señor Santillán —lo cortó la Salazar sin contemplaciones—. Le recuerdo que hoy no está entre nosotros en calidad de colaborador, sino en calidad de implicado, de presunto implicado, en el escándalo de las tarjetas *black* de Hispabank.

Descartada la posibilidad de que se tratase de una broma, Emilio decidió emplearse concienzudamente en su defensa, ignorando la acritud de la Salazar y las miradas hostiles de los contertulios.

—Ante todo, debo aclarar que en mi caso concreto yo no disponía de una tarjeta *black* o centurión, sino de una simple tarjeta *bussiness* plata...

La Salazar lo volvió a interrumpir. Esta vez sustituyó el encono por el hostigamiento:

—¿Trata de burlarse de mí, señor Santillán? Cuando hablamos de tarjetas *black* no nos referimos a una clasificación de las tarjetas por colorines. Quiero decir que eran tarjetas opacas, de las que los consejeros de Hispabank disponían a su antojo, sin justificar los gastos, que corrían a cargo de una cuenta que no tributaba. —La Salazar hizo una pausa y miró a cámara, con gesto martirial—. ¡Una cuenta que se abasteció con el dinero de muchos miles de pequeños ahorradores!

El público del plató, una manada de cenutrios que a cambio de un bocadillo de mortadela respondían como autómatas a las indicaciones del regidor, dejó escapar un murmullo desaprobatorio. Emilio se preguntó si ese murmullo sería el hervor del resentimiento, bullendo en la sangre del populacho.

—A mí, desde luego, cuando me entregaron la tarjeta me aseguraron que los gastos quedaban contabilizados como incentivos —alegó Emilio, tratando de mantener la calma—. Me aseguraron que eran tarjetas completamente auditadas por los órganos reguladores. Yo podía disponer de ellas para mis gastos personales...

—Caramba, y tan personales... —volvió a interrumpirlo la Salazar.

Esta vez el público reaccionó con una risita malévola cuyo sentido último se le escapaba. Pero Emilio intuyó que se movía en terreno resbaladizo. Tal vez no sólo se hubiesen hecho públicas las cifras de los gastos realizados con aquellas malditas tarjetas; tal vez también se hubiesen especificado los gastos. Que, sin duda, a lo largo de tres años habrían sido muchos y muy variados. Trató de desviar el interrogatorio (porque de un interrogatorio de tercer grado se trataba, no de una entrevista) hacia regiones menos expuestas:

—La única remuneración que obteníamos los consejeros de Hispabank eran las dietas de asistencia a las reuniones y los... incentivos —dijo. Había notado que la voz le brotaba temblorosa—. Y esa tarjeta era nuestro único incentivo. Nos dijeron que podíamos disponer libremente de ella, con un tope mensual que yo nunca excedí. Jamás me señalaron desde Hispabank que estuviese actuando de manera incorrecta. Jamás se me insinuó que mis gastos no fuesen perfectamente posibles...

Uno de los tertulianos no se resistió a intervenir con un comentario jocoso:

—¡Qué bárbaro! ¡Esas tarjetas deberían patentarlas en la mansión Playboy!

La carcajada del público fue estrepitosa y siniestra. Emilio se miró en uno de los monitores que había desperdigados por el plató. El temblor de su voz se había extendido para entonces a sus mejillas, que le parecieron flácidas y oscurecidas por una barba que le daba aspecto de facineroso. No había caído en la cuenta hasta entonces, ofuscado por la adrenalina del directo, de que finalmente no lo habían maquillado.

—Yo siempre... —balbució— estuve... convencido de que ese... incentivo era legal. Me entero ahora de que no se declaraba a Hacienda.

Apenas podía hacerse escuchar entre el griterío del público, que había empezado a abuchearlo, jaleado por la actitud de la Salazar, que miraba de frente a la cámara, fingiendo consternación.

—Esas tarjetas habían sido aprobadas por el consejo de administración de Hispabank —insistió Emilio a la desesperada, cada vez menos persuasivo—. Jamás consideré que estuviese haciendo algo... reprobable desde el punto de vista fiscal. Entendí que Hispabank declaraba mis gastos y los retenía en la liquidación que cada año me hacía. Y esa liquidación yo siempre la trasladaba a la Agencia Tributaria...

El tumulto del público se acalló a una señal imperiosa de la Salazar, que achinó los ojos todavía más de lo que se los achinaban los estiramientos faciales:

—¿Nos está tomando por tontos, señor Santillán?

—En absoluto —balbuceó Emilio, mientras volvía a mirar nervioso hacia el monitor—. Según... según el Tribunal Supremo, el pagador es el responsable de la retención...

—¿Está usted seguro? —insistió la Salazar.

Quería obligarlo a repetir su célebre frase («Más seguro que el hormigón armado») en aquella circunstancia adversa, para ridiculizarlo. Las cámaras lo enfocaban en primerísimo plano, para que se captase más nítidamente la barba mal rasurada, las ojeras violáceas, las mejillas flácidas, la mirada errática. Era un hombre acorralado.

—Yo... yo no he hecho nada malo —murmuró, como en un delirio—. Yo... La tarjeta era un incentivo.

Su indefensión azuzó a la Salazar, que se acodó sobre la mesa, dispuesta a aplastarlo como si fuese una cucaracha:

—¿Y qué me dice de esos gastos en lencería que figuran en su tarjeta?

—¿Lencería? —preguntó Emilio, completamente aturrido—. No recuerdo haber... Tal vez comprase algún pijama para mí hace tiempo. Pero no puedo determinar cuándo.

Mientras la Salazar clavaba en él una mirada acusadora, tomó la palabra un tertuliano hociqueante que siempre había tenido tirria a Emilio, porque durante años le había robado protagonismo en la televisión y predicamento en los despachos ministeriales. Escupía perdigonadas de saliva al hablar:

—Déjese de estupideces, Santillán. En Victoria's Secret sólo se venden prendas femeninas.

—Entonces... entonces sería un camisón para mi mujer —dijo Emilio, improvisando sobre la marcha.

Sabía que podía estar columpiándose, pues no recordaba haber comprado ningún camisón ni prenda alguna de

lencería a Soraya, pero ya sólo se preocupaba de mantener el tipo ante la cámara. Se pasó la mano por la frente, para limpiarse el sudor.

—Pues debió de ser el camisón más caro del mundo —dijo el tertuliano hociqueante—. Y lo pagó en ocho plazos. Porque fueron ocho los pagos que hizo en Victoria's Secret. Por no hablar del que hizo en un local de alterne de El Viso...

El jolgorio entre el público era creciente y trufado de carcajadas y comentarios injuriosos, pero Emilio ya no podía oír nada. Le había dado algo parecido a una lipotimia y todas sus percepciones se habían fundido en una bruma de confusión. Ni siquiera podía hilvanar un discurso inteligible. Y había empezado a sudar copiosamente, mientras su cuerpo se quedaba frío como el de un cadáver.

—Esto... esto es un atropello —murmuró—. Yo no voy a locales de alterne. Bueno, miento...

Las carcajadas del público se hicieron estruendosas. Y la Salazar y su séquito de tertulianos o hienas se incorporaron gustosos al aquelarre.

—... En alguna rara ocasión fui, al terminar algún programa nocturno, en compañía de otros tertulianos, a tomar una copa, porque los bares ya estaban cerrados —continuó Emilio, con voz desentonada y robótica. Ya ni siquiera podía verse en el monitor, ya ni siquiera podía oírse—. Pero... todo esto puede ser... una intromisión gravísima en mi vida privada. Estáis... destruyendo mi prestigio.

Sentía como si, al hablar, la boca se le llenase de arena, como si hablase desde el fondo de un sueño. La Salazar vaciló, pensando que tal vez ya lo había humillado suficientemente. Pero el tertuliano hociqueante, viendo que se le presentaba la ocasión de ocupar el trono del depuesto ídolo, se erigió sin remilgos en acusador:

—¿Tu prestigio, dices? ¿Nos quieres tomar el pelo? Tú eras consejero de un banco que ha tenido que ser interve-

nido por el Estado y que nos ha costado a los españoles muchos miles de millones de euros. Y, mientras tanto, estabas saqueando a los ahorradores para pagarte... los camisones más caros del mundo y las copas servidas por las camareras más... serviciales del planeta. ¿Y nos hablas de tu prestigio? —Se rió sarcástico—. Mira, Santillán: mientras tú te estabas gastando el dinero en locales de alterne, en Hispabank estaban estafando a los ancianos españoles con las preferentes, estaban desahuciando a muchas familias desesperadas. Me parece increíble que no estés de rodillas ahora mismo, pidiendo perdón a los españoles. ¡Pide perdón, coño! ¡Tienes la oportunidad de pedir perdón ante toda España!

La soflama demagógica del tertuliano fue respondida con un aplauso atronador por el público del plató; y Emilio imaginó que igualmente habría ocurrido en cada hogar donde se estuviese viendo el programa. Supo entonces que cualquier intento de rehabilitarse ante las cámaras resultaría estéril. Además, si el tertuliano hociqueante, siempre solícito en propagar intoxicaciones gubernativas, había lanzado aquella filípica era porque así se lo habían indicado desde Moncloa. Su exterminio había sido decretado. Procuró recobrar la entereza:

—Yo pido perdón a quien haya podido sentirse ofendido... Pero insisto en que no he hecho nada de lo que deba arrepentirme. Y lo demostraré ante los tribunales.

La Salazar puso fin al hostigamiento, más displicente que compasiva, y dio paso a la publicidad. Emilio se levantó torpemente y se apartó de un manotazo el micrófono, para salir trastabillando del plató, ante las muestras desaprobatorias de los tertulianos y la rechifla del público. Ninguna azafata se acercó a él para conducirlo hasta la salida; y mientras recorría los pasillos por los que mil veces lo había acompañado un séquito de aduladores (incluido el presidente de la cadena), todos los empleados con los que

LA MUJER DE NINGUNO

se cruzaba bajaban la vista al suelo y se apartaban de él, como si fuese un apestado. Tampoco en la salida lo aguardaba un coche de producción para llevarlo a casa. Tuvo que llamar a un taxi, que pagó de su propio bolsillo.

Mientras esperaba a que viniese a recogerlo, el frescor de la mañana le devolvió la lucidez. Y se horrorizó de lo que había hecho.